

# La epopeya de la clausura Eliade en Chicago

Christopher Domínguez Michael

Se cumplió el centenario del nacimiento del sabio rumano Mircea Eliade (Bucarest, 1907-Chicago, 1986) con la certidumbre de que el gran historiador de las religiones fue también, consecuentemente, uno de los intelectuales fascistas más invencibles y pertinaces del siglo. Eliade practicó con astucia y audacia el arte del camuflaje —tal cual lo llama Alexandra Laignel-Lavastine, su biógrafa francesa— y en ese camino de ocultación tampoco le faltó la buena fortuna. De todo esto me acordé hace un año en que cumplí con un semestre en la Universidad de Chicago como profesor invitado.

Tras haber sido el hombre fuerte de la embajada del prohitleriano mariscal Antonescu en Lisboa, Eliade se propuso, como se lee en el *Diario portugués 1941-1945*, penetrar, como en un caballo de Troya, el mundo académico occidental. Logró ser una autoridad en la Universidad de Chicago y dispersar en la niebla sus “pecados nacionalistas” de juventud. Paradójicamente, la que mantuvo en hibernación el pasado de Eliade fue la dictadura comunista sobre Rumania.

Militante y doctrinario de la Guardia de Hierro, una de las organizaciones fascistas más brutales de los años treinta, Eliade fue, además, un brillantísimo literato, la gran promesa de las letras rumanas en la segunda posguerra. La lectura del *Diario portugués* —que hasta donde sé sólo se ha publicado en español— es una experiencia poco edificante. Es un diario íntimo que el autor no pudo o no quiso corregir, lo que permite leer pasajes de una megalomanía asombrosa, de aquellas por las que pasa todo artista adolescente pero el adulto se cuida de hacer publicar: en ese tenor vemos a Eliade considerarse un genio de la altura de Goethe. Y el *Diario portugués*, tam-

bién, ilustra cómo funcionaba la mente de un fascista arrobado por la tierna modestia del dictador Salazar, un diplomático comprensiblemente angustiado por las sucesivas derrotas del Eje en el norte de África y en Stalingrado y, finalmente, un antisemita que fue de alguna manera testigo del *pogrom* de Iasi o Jassy de 1941, en el que diez mil judíos fueron masacrados. Rumania y Hungría se disputaban el ignominioso honor de ser el alumno más aplicado de los alemanes en la destrucción de los judíos europeos, tal cual la llamó Raul Hilberg, que menciona a Eliade entre los cómplices del Holocausto. No es que Eliade ignorase lo que estaba pasando: sabía lo que ocurría y le parecía muy bien que ocurriese. El mundo debería pasar por una catástrofe purificadora cuyo símbolo estaba en la deportación de 140 mil judíos rumanos, de la cual Eliade fue testigo durante unas vacaciones en Bucarest, en julio de 1942. Para Eliade el judío sacrificado aceleraba el apocalipsis.

Rumania cambió oportunamente de bando, en 1944, y se apuntó, modestamente, al triunfo de los aliados. Muchos de los antiguos legionarios de la Guardia de Hierro se convirtieron en comunistas. Eliade, poco conocido en Occidente, tuvo una posguerra de éxito. Admirado por Georges Dumézil y por Ernst Jünger, Eliade se convierte en el conocido autor de *El mito del eterno retorno* (1947) y de una bibliografía tan vasta que parece increíble que su autor haya sido un solo hombre y no una escuela de pensadores y escoliastas. La devoción por la sangre y el mito pasará, del silencio cómplice ante el genocidio, a la exaltación académica de la religión primordial. Pero es otro tema y es muy espinoso.

El eterno retorno del pasado: poco a poco, de las revistas artesanales y clandestinas de la diáspora rumana, empezaron a

manar los rumores al grado de que en 1972 el historiador judío Gershom Scholem se tuvo que dirigir a Eliade, su querido amigo y colega, pidiéndole explicaciones. Eliade, como dice Laignel-Lavastine en *Cioran, Eliade, Ionesco. L'oublié du fascisme* (2002), se la jugó y mintió, asegurándole a Scholem que él jamás había escrito nada en su juventud que lo presentase como antisemita y filonazi. Scholem prefirió creerle pero la visita que Eliade, en olor de santidad profesoral, iba a hacer a la Universidad Hebrea de Jerusalén, se canceló.

En el año 2000, Saul Bellow, otro de los amigos de Eliade, publicó una novela apenas en clave, *Ravelstein*, cuyo tema es la complicada amistad entre el filósofo conservador Allan Bloom (Ravelstein) y el doctor Radu Griesescu (Eliade). El libro es una suerte de confesión de Bellow quien, tras haber sido orador en el funeral de Eliade, acabó por convencerse de su enorme responsabilidad intelectual como fascista rumano. Y para que ello ocurriera hubo de producirse, en la vida real, un asesinato.

El 21 de mayo de 1991 apareció asesinado, en un baño de la Universidad de Chicago y con un balazo en el cráneo, Ioan Petru Culianu, que había sido el alumno favorito de Eliade. Tal parece que el discípulo se había ido enterando del pasado de su maestro y que las sucesivas revelaciones lo orillaron a una crisis de conciencia iniciada con el intento de recopilar los comprometedores escritos juveniles de Eliade y que terminó en la conversión al judaísmo del propio Culianu. No es improbable que a Culianu lo haya alcanzado la larga mano de la Guardia de Hierro, decidida a salvaguardar la reputación póstuma de Mircea Eliade, su teólogo. **U**